
Filosofías Gauchas

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7697

Título: Filosofías Gauchas

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 8 de septiembre de 2022

Fecha de modificación: 8 de septiembre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Filosofías Gauchas

La habitación era grande: tenía como cinco brazas de frente y medio maneador de largo. Era bajita, eso sí, porque muros de tensión si se hacen altos, se tuercen cuando los empuja el pampero. Y allá, en la Cañada del Indio, del sur bonaerense—trecientas leguas de llanura abrumadora, desabrida como mate lavado,—los pamperos, entropillados, corretean a diario, haciendo estragos.

La habitación era grande, y parecía más grande por la casi ausencia de muebles; del mismo modo que parece más grande un caballo desensillado.

Y allí sólo había una mesa de pino, larga, flanquada a cada lado por un escaño.

Sobre la mesa veíase un candelero de latón sosteniendo una vela de baño, amarilla y ruin como rama de duraznero apestado; una botella de caña, varios vasos, un naipe y un platillo con porotos.

Sobre los escaños había, del lado de montar, don Candalicio, el dueño de la casa: tordillo negro, flaquerón, aire de matungo asoleado; el pardo Eusebio, cara entre comadreja y zorro y lo de víbora que tienen indispensablemente los mulatos.

Del lado de enlazar estaban: el sordo Díaz, alias «Taperera», capataz de la estancia, contemporáneo de los ombúes del patio; Roque Suárez, por mal nombre «La Madalena», muy alto, muy flaco, muy feo, con la cara muy larga, la nariz muy afilada, los ojos muy chicos...

Desde las siete de la noche, hora en que terminó la cena, hasta las diez, había estado jugando al «solo», tomando mate y chupando caña. Y hubieran continuado, sin duda, si Roque Suárez no hubiese arrojado las cartas, a raíz del tercer «codillo», exclamando con su voz aflautada, dolorosa y desagradable:

—¡Es al ñudo prenderle juego a la leña verde!...

—Cuestión de echarle sebo—insinuó maliciosamente el mulato.

Y el patrón con bondad:

—¡Pobre amigo Suárez!... Y'está caliente!...

Díaz, que era el cebador de mate, cogió la pava, se echó un chorro de agua sobre el dedo y contestó a don Cantalicio:

—No, señor, y'está fría... Si quiere le doy un calorcito.

—Cuándo no había 'e meter la pata el Tapera?

—¿Qu'está fea la yerba?... Si quiere cambeo la sebadura...

Mientras el patrón y el pardo reían de los enredos del sordo. Roque Suárez, medio lagrimeando, protestó:

—¡Caliente no!... ¡Pero, pucha, se la doy a cualquiera!... Tuita la noche pasando, pasando, sia ver un «juego»; y cuando me liga uno rigular, m'encuentro tuita la espada de un lao y me coran la «malilla» y el «as»...

—Una disgracia... Y el pozo era chico.

—Una disgracia... Juego a la güelta y me topo con tuito el triunfo en una mano.

—¡Se topó con el harcón del medio!...—respondió el mulato Díaz con su sonrisa más mala...

—Una disgracia,—volvió a decir el patrón.

Y el sordo sin que nadie le hiciera caso, protestó:

—¡Yo no hice jugada mala!... Embarqué la malilla de oros porque...

—Otra disgracia...—siguió Roque Suárez;—repongo el pozo otra güelta, me viene un «solo» que era una «bola».

—Agujeriada,—interrumpió Díaz...

—...lo canto y el Tapera me va más y arrastra la obrera... Y aura la pierdo con las cuatro malillas!...

—En ocasiones uno está mal,—dijo afectuosa y consoladoramente don Cantalicio;—y Roque gritó exasperado:

—¡En ocasiones!... Si juese en ocasiones!... Pero pa mí siempre es lo mismo! Pa mí la suerte es como los tanos que nunca cambian de caballo...

—¿Y di áy?... A la fin pa lo que ha perdido no carece quejarse tanto!—dijo agriamente el mulato.

Y entonces, Roque Suárez, con su voz más aflautada, más silbante, más estridente, dijo levantando los brazos y sacudiendo nerviosamente las manos grandes y flacas:

—¡Qué m'importa lo perdido!... No me quejo por eso: la plata se ha hecho pa gastarla y pa perderla... Me quejo 'e la suerte que siempre me trata como a entenao!... Yo siempre juí como techo 'e cocina: dando abrigo a tuitos, contra el viento y el frío en invierno contra el sol y la sabandija en verano; y en recompensa, las lluvias y las ventoleras me castigan pu' arriba y las llamas y las humaderas del fogón, me tiznan y me cuecen pu'abajo!... ¡Es asina! pa eso es techo. Y alguno ha 'e ser techo ande aiga casas!... Otros son piso, y al piso lo pisan tuitos, lo mismo cuando bailan alegres las parejas afinando la guitarra de la vida, que cuando uno pateo porque

se le ha voliao el mancarrón de la suerte... Y uno lo escupe; y otro lo raya con el cuchillo p'hacer la marca del novillo que se le ha estraviao; y las gallinas lo escarban con las uñas; y los perros lo ensusean... Y dispúes el amo se enoja on el piso por qu'está desparejo, por qu'está lleno 'e pulgas de tuitas layas y porque giede... ¡Como si eso juere culpa del piso!... Si la hubiesen dejao sola, libre, al aire y al sol, la tierra, reventando semillas, se habría cubierto de pasto y de flores!... Es asina... Por eso me da rabia la vida, que a unos les da tuito y a otros no les da nada!...

Tan amarga, tan dolorosa era la palabra de aquel desgraciado, que no había conocido una sola ventura, que ninguna vez había clavado una suerte en su existencia, que hasta el mulato guardó silencio...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.